

sino las opacas sombras,
que en las bordadas alfombras
proyecta un claro fanal:
No vió, pero bien oyera
rugir brava la tormenta,
oyó su furia violenta,
oyó el combate infernal.

De la ESPÓSITA angustiada
los sollozos y gemidos
entre el viento confundidos
ella tambien escuchó;
y en el lecho reclinada
y murmurando consigo
de sus colchas al abrigo
otra vez se rebujó.

Mariano Estéban de Góngora.

BLANCA DE BORBON. (*)

II. LA FUGA.

Don Pedro cumplió su palabra. Apenas se había retirado Alburquerque, cuando un paje se presentó en la puerta de la régia cámara.

—Haz, preparar inmediatamente mis caballos, y así que esté mas entrada la noche, vé con el mayor sigilo á esperar mis órdenes en las afueras de la villa. Tu cabeza me responde del secreto y de la prontitud de la ejecucion.

El paje despues de hacer un saludo, marchó á poner en práctica este mandato.

Todo quedó en silencio en el alcázar.

Dos horas habrian trascurrido, cuando por una de las puertas secretas del real palacio, se deslizaba silenciosamente un hombre. Cruzó apresurado las calles de Valladolid, y pasado el fuerte, llegó á un paraje retirado donde otro hombre, sin duda, le esperaba, porque al sentir sus pasos y al divisarle á pesar de la oscuridad que reinaba, se adelantó respetuosamente hasta él.

—¿Has cumplido mis órdenes? preguntó el recien llegado.

—Esactamente, contestó el otro.

—¿Los caballos?

—Aquí están. Y le presentó un hermoso corcel.

Montó en él D. Pedro.

—A Montalban, dijo: é imitándole el paje, partieron rápidamente, perdiéndose como dos sombras en el oscuro espacio, y dejóse de percibir el ruido de sus pasos á medida que se iban alejando, hasta que todo volvió á quedar en el mismo silencio.

—Inés, decia á la mañana siguiente á su mujer un artesano de Valladolid, mientras le servia un abundante y succulento almuerzo. Ya te he dicho que no me hables de ese particular. El rey es nuestro amo y no debemos nosotros entrometernos en sus operaciones. Ademas que yo no creo eso que me cuentas.

—¿Cómo que no? replicó Inés; pues no se habla de otra cosa en Valladolid. Dicen que don Pedro no durmió anoche en palacio; que un labriego que volvia ya tarde de sus faenas, le vió alejarse con uno de sus pajes, y que le conoció por el rico caballo que montaba.

—Bien puede ser así, respondió el marido despues de trasegar á su estómago el vaso de buen vino que tenia delante. Pero esto nada prueba, añadió llenándolo de nuevo. Nuestro rey querria tal vez á esa hora dar un paseo para disfrutar de la frescura de la noche, y despues regresaria á palacio.

—Te digo que no. Acabo de oirlo de una amiga que se halla bien enterada, como que es hermana de uno de los sirvientes del alcázar. Don Pedro se ha marchado secretamente, y aun añaden que ha dejado abandonada á la reina doña Blanca para irse al castillo de Montalvan donde le espera la Padilla.

—Calla, muger, no digas tal cosa. ¿El rey iba á cometer una accion semejante, cuando apenas hace dos días que verificó su casamiento? Y ademas continuó despues de hacer otra libacion con el vaso que volvió á llenar: á nosotros no nos toca averiguar la

conducta de nuestros reyes. Cuando don Pedro deja á doña Blanca, allá tendrá sus razones, que nosotros, pobres vasallos, no podemos comprender.

—¡Sus razones! ¡sus razones! Hé ahí siempre tu salida; dige Inés, dando visibles muestras de enfado por la incredulidad de su esposo. ¿Te parece que puede haber razones para que un buen marido abandone á su muger? ¿Y qué motivos podria tener don Pedro, cuando dicen que doña Blanca es la suma virtud? ¿Hay tampoco una señora mas hermosa en toda Castilla? Desengáñate añadió en tono persuasivo: si hemos de dar crédito á lo que se cuenta que no es otro el motivo sino la amistad del rey hacia la querida la Padilla. Dicen que anoche fueron en valde las instancias de doña Leonor de Aragon tía de don Pedro para hacerle permanecer en Valladolid; que la infeliz doña Blanca derramó abundantes lágrimas al ver la indiferencia de su esposo, y que hizo los dos los esfuerzos imaginables para retenerle junto á sí; pero todo en vano: el rey permaneció inflexible, y cuentan que ni aun quiso mirar cara á cara á doña Blanca, manifestando que su vista importunaba. ¡Pobre señora! ¿Y crees tú haya razones para semejante crueldad?... Lo que yo te digo es que esto no puede pasar en bien, y que....

—Lo que yo te digo, exclamó el marido lleno de impaciencia aunque no le impidió por eso apurar el tercer vaso: lo que yo digo es, que estoy harto ya de sufrir tu charla, y me temo que ella me vas á hacer que visite los calabozos de la villa, ó que los ballesteros de don Pedro prueben en mi cabeza la pesadez y persistencia de sus mazas.

(Continuará.)

José Maria Espadas y Cárdena

El autor del comunicado relativo á *Hermanas de la Caridad* contestado en el número 28 de *El Caridemo*, ha pedido esplicaciones acerca del artículo, al mismo tiempo que las ha dado sobre aquel comunicado, resultando que el espíritu de ambos únicamente ha sido debatir varias doctrinas generales en que están discordes, sin que en uno ni otro haya tendencia á otro objeto, ni tampoco falta de rectitud en sus respectivas intenciones. Por lo que por ahora queda terminada esta polémica, sin perjuicio de continuarla si se creyese conveniente, y salvando siempre las intenciones de ambos.

Mariano Estéban de Góngora.

ANUNCIO.

LA CONSTANCIA.—Esta sociedad se interesa en el sorteo de la loteria moderna del 23 del corriente, con los cinco billetes enteros siguientes:

13,361—13,370.—24,994.—24,999.—44,431.

Lo que se anuncia á los accionistas para su debido conocimiento. Almería 10 de octubre de 1847.—El sócio director, Mariano Alvarez.

ESPARTERO, historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos, escrita bajo la direccion de D. José Segundo Flores. Tercera edicion de lujo baratísimo. Con el retrato del conde duque, litografias y adornos grabados.

Se publica por cuadernos compuestos de ocho entregas de 8.º marquilla: cada cuaderno cuesta 4 rs. en Madrid y 6 rs. en provincias, franco el porte, resultando en Madrid al fimo precio de medio real por entrega, y en las provincias con preciso aumento para costear el franqueo.

A los que se suscriban inmediatamente se les regalará con el primer cuaderno, el retrato de Espartero á caballo, representando el glorioso acontecimiento de Luchana; con el segundo otro de medio cuerpo; otro al empezar el tercero, en el acto de despedirse de la Milicia nacional, y con el cuarto y último otro del escudo de armas de este caudillo. En el trascurso de la obra repartirán tambien los retratos de D. Ignacio Gurrea y de D. José Segundo Flores. Se suscribe en Madrid en las oficinas de la *Ciudad literaria*, calle de Leganitos, núm. 47; en las provincias en todas las estafetas, administraciones de correos y principales librerías.

Almería: Imp. de D. VICENTE DUOMOVICH, calle de las Tiendas núm. 69

(*) Véase el número 29.